

# Nosferatu. Revista de cine (Donostia Kultura)

Título:

Rebelde sin causa (Rebel Without a Cause; Nicholas Ray, 1956)

Autor/es:

Fernández, Pablo

Citar como:

Fernández, P. (2006). Rebelde sin causa (Rebel Without a Cause; Nicholas Ray, 1956). Nosferatu. Revista de cine. (53):168-168.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/41493>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



**donostiakultura.com**



# Rebelde sin causa

(*Rebel Without a Cause*; Nicholas Ray, 1956)

*Pablo Fernández*

A un siendo la obra más mitificada de Nicholas Ray, **Rebelde sin causa** (*Rebel Without a Cause*, 1956) supone un film muy representativo de una época en que los cineastas más inquietos se dedicaron a destapar las miserias y el hastío vital del *american way of life*, ese modelo de vida opulento que imperó en la sociedad estadounidense de los cincuenta. Sin constituir ni mucho menos la mejor disección de aquella década —Douglas Sirk, Richard Fleischer o el propio Ray llegaron más lejos en alguna otra ocasión: pienso en la estremecedora **Bigger Than Life** (1956)—, la película significó el primer y último encuentro entre el maltratado Ray y el joven actor James Dean, cuya acusada perso-

nalidad y temprana muerte hicieron de él todo un icono de la cultura popular. En palabras de Terenci Moix: “Al recordarle no sabe uno si invoca a un actor o a un espectro que pasó a demasiada velocidad para comprobar si fue real. En poco más de un año rodó tres películas, armó la mari-morena con su comportamiento contra las costumbres de Hollywood y desapareció dejando tras de sí un culto necrofilico y la leyenda del ‘furor de vivir’, título que los franceses dieron a su segundo film: **Rebelde sin causa**. ¿Existió realmente James Dean o fue el sueño de una generación que necesitaba urgentemente un fetiche para su rebeldía?” (*Mis inmortales del cine. Hollywood, años cincuenta*).

Por aquel entonces, Ray estaba interesado en la delincuencia de los jóvenes de las clases burguesas, y no por casualidad el film coincidió con otros títulos de similar temática y espíritu crítico, caso de **El salvaje** (*The Wild One*, 1953), de László Benedek, **Crime in the Streets** (1956), de Don Siegel, **Impulso criminal** (*Compulsion*, 1959), de Richard Fleischer, **Los jóvenes salvajes** (*The Young Savages*, 1961), de John Frankenheimer, o **Semilla de maldad** (*The Blackboard Jungle*, 1955), polémica cinta de Richard Brooks que abordaba de un modo más didáctico el tema del inconformismo de la adolescencia, Empero, la intención de Ray residía en registrar el vacío existencial de la juventud americana a través del retrato de los protagonistas del film, Jim (James Dean), Judy (Natalie Wood) y Plato (Sal Mineo), un trío de adolescentes incomprendidos por sus respectivos progenitores y en permanente conflicto interno, incapacitados para adaptarse a la sociedad y encontrar un sentido a sus acomodadas vidas. Un propósito coherente con la admirable andadura del cineasta, si bien en esta ocasión la explicitud con que los personajes expresaron el discurso del film a punto estuvo de limitar el halo lírico que, pese a todo, asoma con fuerza en determinados instantes. Tal vez lo más envejecido de la cinta sea la exagerada caracterización de los padres de Jim y Judy, a los que conocemos en breves viñetas domésticas muy típicas de la época, las cuales unas veces nos parecen demasiado cándidas (véase el complejo de Electra que embarga a Judy) y otras misóginas (atención al retrato de los padres de Jim: una madre represora y dominante y un padre sumiso y débil a quien Jim reprocha su molesta tendencia a ejercer de “ama de casa”). Y acaso lo más atractivo descansa en el determinismo con el que el director perfila al personaje de Plato, un joven necesitado de afecto y fascinado por la figura de Jim hasta unos extremos de devoción homosexual. De este modo, la película acaba arrojando una conclusión desoladora: al final Jim descubre el amor al lado de Judy y emprende un trayecto hacia la madurez, pero ello implica una renuncia, una traición hacia su amigo Plato, la criatura más desesperada del grupo, aquella que no acepta “*el juego de la sociedad*” y apuesta por la verdad, por lo que ha de ser eliminada sin ambages.

Desde la primera secuencia en la comisaría donde el comprensivo agente Ray (obvio trasunto del director) se afana en desentrañar las frustraciones de los tres jóvenes hasta la alucinada estancia final en la mansión abandonada (una pausa mágica y memorable donde las haya), el cineasta trata con respeto a sus criaturas, comprende el resentimiento y desasosiego que les aflige, y les traslada su afecto cada vez que los arroja con su cámara panorámica. Y si es cierto que vista hoy **Rebelde sin causa** no termina

de convencer en algunos aspectos, en cambio en otros acierta de pleno: para darse cuenta sólo hay que apreciar la puesta en escena tensa y dinámica que despliega en las secuencias de la lucha con navajas y la carrera en el acantilado, o la creación de una atmósfera que sabe ser lírica y reflexiva a la vez, salpicada por brotes de desequilibrio estilístico, sobresaliendo al respecto el plano inclinado que capta la caída de Plato cuando es abatido trágicamente por la policía en el desenlace, así como los picados opresivos que perturban los breves instantes de sosiego en la mansión abandonada.

Convertida con el paso de los años en manifiesto generacional, en una especie de visión fantasmagórica sobre la problemática existencial de unos *teenagers*, no hay duda de que el film de Ray ha ejercido una poderosa influencia sobre cineastas clásicos como Robert Wise o inclasificables autores como David Lynch, especialista en escarbar en el lado oscuro del sueño americano, quien en su **Terciopelo azul** (*Blue Velvet*, 1986) recuperó en un cometido significativo a Dennis Hopper, otro de los intérpretes secundarios de la apasionada obra de Ray que en alguna fase de su carrera hicieron de la “rebeldía” militancia y seña de identidad.